

Jack London

El silencio blanco y otros cuentos

Selección y traducción
de Carmen Criado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1978
Segunda edición, con traducción revisada: 2008
Tercera edición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección y traducción: Carmen Criado, 1978, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-321-6
Depósito legal: M. 10.088-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Amor a la vida
- 39 Una odisea nórdica
- 85 El pagano
- 114 Ley de vida
- 125 El burlado
- 143 El fuego de la hoguera
- 167 Por un bistec
- 195 El silencio blanco
- 210 La casa de Mapuhi
- 243 El ingenio de Porportuk
- 277 La historia de Keesh

Amor a la vida*

*Sólo esto, de todo, quedará.
Arrojaron los dados, y vivieron.
Parte de lo que juegan, ganarán,
pero el oro del dado, lo perdieron.*

Descendían el repecho de la ribera del río cojeando penosamente y, en una ocasión, el que iba a la cabeza se tambaleó sobre las abruptas rocas. Estaban débiles y fatigados y sus rostros reflejaban la paciencia que nace de una larga serie de penalidades. Iban cargados con pesados fardos de mantas atados con correajes a los hombros. Contribuían a sostenerlos las tiras de cuero que les cruzaban la frente. Los dos llevaban rifle. Caminaban encorvados, con los hombros hacia delante, la cabeza más destacada todavía, y la vista clavada en el suelo.

–Ojalá tuviéramos aquí dos de esos cartuchos que hay en el escondrijo –dijo el segundo.

Su voz era monótona y totalmente carente de expresión. Hablaba sin entusiasmo y el que abría la marcha, cojeando y chapoteando en la corriente lechosa que espumeaba sobre las rocas, no se dignó responder.

* Título original: *Love of Life*.

El otro le seguía pegado a sus talones. No se detuvieron a quitarse el calzado ni los calcetines, aunque el agua estaba tan fría como el hielo, tan fría que les lastimaba los tobillos y les entumecía los pies. En algunos lugares batía con fuerza contra sus rodillas y les hacía tambalearse hasta que conseguían recuperar el equilibrio.

El que marchaba en segundo lugar resbaló sobre una piedra pulida y estuvo a punto de caer, pero logró evitarlo con un violento esfuerzo mientras profería una aguda exclamación de dolor. Parecía cansado y mareado, y mientras se tambaleaba extendió la mano libre en el vacío como buscando apoyo en el aire. Cuando se enderezó dio un paso al frente, pero resbaló de nuevo y casi cayó al suelo. Luego se quedó de pie inmóvil y miró a su compañero, que no había vuelto la cabeza.

Permaneció quieto un minuto entero, como debatiendo consigo mismo. Luego gritó:

—¡Bill, me he torcido el tobillo!

Bill continuó avanzando a trompicones en el agua lechosa. No se volvió. El hombre le vio alejarse, y aunque su rostro carecía, como siempre, de expresión, su mirada era la de un ciervo herido.

Su compañero ascendió cojeando la ribera opuesta del río y siguió adelante sin mirar atrás. El hombre que tenía los pies hundidos en la corriente le miraba. Sus labios temblaban ligeramente agitando el tupido bigote castaño que los cubría. Se humedeció los labios con la lengua.

—¡Bill! —llamó.

Era aquélla la súplica de un hombre fuerte en peligro, pero Bill no se volvió. El hombre le vio alejarse cojeando

grotescamente y subir con paso inseguro la suave pendiente que ascendía hacia el horizonte que formaba el perfil de una pequeña colina. Le vio alejarse hasta que coronó la cima y desapareció. Luego volvió la vista y miró lentamente en torno suyo al círculo de mundo que, al haberse ido Bill, era exclusivamente suyo.

Cerca del horizonte el sol ardía débilmente, casi oscurecido por la neblina y los vapores informes que daban la impresión de una densidad y una masa sin perfil ni tangibilidad. El hombre descansó el peso de su cuerpo sobre una sola pierna y sacó su reloj. Eran las cuatro en punto y, por ser aquellos días los últimos de julio o los primeros de agosto (no conocía la fecha con exactitud, pero podía calcularla dentro de un margen de error de una semana o dos), el sol tenía que marcar más o menos el noroeste. Miró hacia el sur. Sabía que en algún lugar, a espaldas de aquellas colinas desoladas, se hallaba el lago del Gran Oso; sabía también que en esa dirección el Círculo Polar Ártico trazaba su temible camino a través de los yermos canadienses. El riachuelo en que se hallaba era un afluente del Río de la Mina de Cobre, que a su vez fluía hacia el norte e iba a desembocar en el Golfo de la Coronación y en el Océano Ártico. Nunca había estado en ese lugar, pero lo había visto una vez en una carta de navegación de la Compañía de la Bahía de Hudson.

De nuevo su mirada completó el círculo de mundo que tenía en torno a él. No era un espectáculo alentador. Por todas partes le rodeaba un horizonte blando y suavemente curvado. Las colinas eran bajas. No había ni árboles, ni arbustos, ni hierba... nada sino una desolación tre-

menda y aterradora que atrajo inmediatamente el miedo a sus ojos.

—¡Bill! —susurró una y dos veces—. ¡Bill!

Se agazapó medroso en medio del agua lechosa como si la vastedad del paisaje ejerciera sobre él una fuerza avasalladora y le aplastara brutalmente con el tranquilo horror que provocaba. Comenzó a temblar como un pálido, hasta que el rifle se le deslizó de entre las manos y cayó al agua salpicándole. Aquello le sacudió. Luchó con el miedo, se dominó y buscó a tientas bajo el agua hasta recuperar el arma. Corrió un poco el fardo hacia el hombro izquierdo, con el fin de liberar de parte del peso su tobillo lastimado. Luego, encogiéndose de dolor, avanzó lenta y cautelosamente hasta la orilla.

No se detuvo. Con una desesperación que rayaba en la locura, sin hacer caso del dolor, subió presuroso la pendiente hasta alcanzar la cima de la colina tras de la cual había desaparecido su compañero, sólo que su andar era aún más grotesco y cómico que la cojera vacilante del que le había precedido. Pero al llegar a la cresta, lo que vio fue un valle totalmente desprovisto de vida. Luchó de nuevo contra el miedo, lo dominó, corrió el fardo aún más hacia el hombro izquierdo y bajó a trompicones la pendiente.

El fondo del valle estaba encharcado de un agua que el espeso musgo mantenía, a modo de esponja, cerca de la superficie. Con cada paso saltaban pequeños chorros y cada vez que levantaba un pie la acción culminaba en un sonido de succión mientras el musgo se resistía a soltar su presa. Avanzó de pantano en pantano, siguiendo las huellas de su compañero a lo largo y a través de las

abruptas hileras de rocas que emergían como islotes de aquel mar de musgo.

Aunque estaba solo, no se había perdido. Sabía que más adelante llegaría allí donde unos cuantos abetos y unos pinos pequeños y marchitos bordeaban la orilla de una laguna, el lugar que los indígenas llamaban el *titchinichilie* o «tierra de los palitos». Y en aquella laguna desembocaba un riachuelo cuya agua no era lechosa. En sus orillas (lo recordaba bien), había juncos pero no árboles, y lo seguiría hasta ver brotar el primer hilillo de agua en una divisoria de cuencas. Atravesaría esa divisoria hasta dar con el primer hilillo de agua de otra corriente que fluía hacia el oeste, y seguiría ésta hasta su desembocadura en el río Dease. Allí encontraría provisiones, ocultas bajo una canoa volcada y cubierta de piedras. En aquel escondrijo hallaría munición para su rifle vacío, anzuelos y cañas de pescar, una pequeña red..., todo lo necesario para poder cazar y conseguir alimento. También encontraría harina, no mucha, un pedazo de tocino y judías.

Bill estaría esperándole y juntos remarían, Dease abajo, hasta llegar al Lago del Gran Oso. Y hacia el sur seguirían, siempre hacia el sur, hasta llegar al Mackenzie; y hacia el sur, siempre hacia el sur irían, y el invierno correría vanamente tras ellos, y el hielo se formaría en los remolinos, y los días se harían fríos y transparentes... Siempre hacia el sur, hacia alguna factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson, allá donde la temperatura era templada y los árboles crecían altos y generosos y había alimentos sin fin.

Así pensaba el hombre mientras adelantaba en su camino. Y del mismo modo que trabajaba con el cuerpo

trabajaba también con la mente, tratando de convencerse de que Bill no le había abandonado, de que sin duda alguna le esperaría junto al escondrijo. O lograba convencerse de ello o, de lo contrario, le sería inútil seguir adelante y más le valdría tenderse en el suelo y morir. Y mientras la bola pálida del sol se hundía lentamente por el noroeste, recorrió (y muchas veces) cada centímetro de terreno que él y Bill recorrerían en su huida hacia el sur antes de que el invierno se cerniera sobre ellos. Y una y otra vez vio ante sus ojos las provisiones ocultas en el escondrijo y la comida que hallarían en la factoría. Hacía dos días que no probaba bocado y muchos que no comía tanto como hubiera deseado. De vez en cuando se detenía y recogía pálidas «bayas de pantano» que se metía en la boca, masticaba y tragaba. Una «baya de pantano» es una semilla diminuta envuelta en una gota de agua. En la boca el agua se disuelve y la semilla cobra un sabor punzante y amargo. El hombre sabía que aquellas semillas no proporcionaban alimento alguno, pero las masticaba pacientemente con una esperanza que vencía al conocimiento y desafiaba a la experiencia.

A las nueve en punto tropezó con un saliente rocoso y, por pura debilidad y puro cansancio, se tambaleó y cayó. Permaneció inmóvil en el suelo durante algún tiempo, tendido sobre un costado. Luego se desembarazó de los correajes y consiguió sentarse arrastrándose torpemente. No había oscurecido todavía y, a la luz del largo crepúsculo, buscó, palpando entre las rocas, briznas de musgo seco. Una vez que hubo acumulado un montón de ellas hizo una hoguera, una hoguera sucia y sin llama, y sobre ella puso a hervir un cacillo de agua.

Desató el fardo y lo primero que hizo fue contar los fósforos. Tenía sesenta y siete. Los contó tres veces para asegurarse. Los dividió en montones, los envolvió en papel encerado, y colocó un paquete en la bolsa de tabaco vacía, otro bajo la cinta de su raído sombrero y el tercero se lo metió bajo la camisa en contacto con su pecho. Hecho esto le invadió el pánico, desenvolvió los fósforos y volvió a contarlos. Seguía habiendo sesenta y siete.

Secó el calzado empapado al calor del fuego. No eran ya sino jirones empapados. Los calcetines de lana estaban agujereados en varios lugares, y los pies, en carne viva, le sangraban. Sentía fuertes punzadas en el tobillo y decidió examinarlo. Se le había hinchado hasta alcanzar el volumen de la rodilla. De una de las dos mantas que tenía rasgó una tira de lana y con ella se lo vendó fuertemente. Luego hizo unas tiras más y se envolvió con ellas los pies para que sirvieran a la vez de mocasines y de calcetines. Hecho esto se bebió el agua humeante, dio cuerda al reloj y se introdujo, a gatas, entre las mantas.

Durmió como un tronco. La breve oscuridad que sobrevinía alrededor de la media noche llegó y pasó. El sol se levantó por el noreste, o mejor sería decir que amaneció por aquel cuadrante, porque el sol estaba oculto por nubes grises.

A las seis en punto se despertó y permaneció echado boca arriba. Miró directamente al cielo grisáceo y supo que tenía hambre. Mientras se volvía de un lado apoyándose en un codo, le sorprendió oír un gruñido y vio a un caribú que le miraba con curiosidad. El animal se hallaba a unos quince metros de distancia, y por la mente del hombre cruzó instantáneamente la visión y el sabor de

un buen trozo de caribú crepitando y asándose al fuego. Mecánicamente, alargó la mano hacia el rifle vacío, apuntó y apretó el gatillo. El caribú gruñó y escapó dando un salto. Sus pezuñas chocaron y tamborilearon contra las rocas en su huida.

El hombre profirió una maldición y arrojó al suelo su rifle. Mientras pugnaba por ponerse en pie, se quejó en voz alta. Fue aquélla una tarea lenta y ardua. Sus articulaciones eran como bisagras mohosas que rozaran provocando una enorme fricción. Cada vez que se encogía, y cada vez que se enderezaba, lo hacía obedeciendo a un esfuerzo supremo de su voluntad. Cuando al fin logró ponerse en pie, tardó un minuto más en alcanzar la posición erecta que corresponde al ser humano.

Trepó a una pequeña eminencia y estudió el panorama. No había árboles ni arbustos; nada sino un océano gris de musgo apenas salpicado de rocas grises, lagunas grises y arroyuelos grises. El cielo era gris. No había ni sol ni el más leve indicio de su existencia. No tenía idea de dónde se hallaba el Norte y había olvidado por qué camino había llegado hasta allí la noche anterior. Pero no se había perdido. Eso lo sabía. Pronto llegaría a «la tierra de los palitos». Intuía que ese lugar se hallaba hacia la izquierda, no muy lejos, quizá al otro lado de la próxima colina.

Volvió a liar el fardo para el viaje. Se aseguró de que aún tenía en su poder los tres paquetes de fósforos, aunque no se entretuvo en contarlos. Pero sí se detuvo dudoso a la vista de una bolsa rechoncha de piel de gacela. No era grande. Podía tajarla con las dos manos, pero sabía que pesaba unos seis kilos (tanto como el resto del

fardo), y eso le preocupaba. Al final la dejó a un lado y comenzó a liar el fardo. Se detuvo de nuevo a contemplar el saco de piel de gacela. Lo recogió con aire desafiante, como si aquella desolación tratara de arrebatárselo, y cuando se levantó para adentrarse en el día con paso vacilante lo llevaba cargado a la espalda en el interior del fardo.

Se dirigió hacia la izquierda, deteniéndose una y otra vez a comer bayas de pantano. El tobillo estaba entumecido y su cojera era ahora más pronunciada, pero el dolor que aquello le producía no era nada comparado con el que sentía en el estómago. Las punzadas del hambre eran agudas. Roían y roían hasta el punto en que ya no le permitieron concentrarse en qué camino seguir para llegar a «la tierra de los palitos». Las bayas de los pantanos no sólo no aplacaban su apetito, sino que con su sabor punzante le irritaban la lengua y el paladar.

Llegó por fin a un valle donde la perdiz blanca se elevaba con aleteo estremecido sobre las rocas y los cenagales. «Ker-ker-ker», graznaban. Les arrojó unas cuantas piedras, pero no logró alcanzarlas. Dejó el fardo en el suelo y se dispuso a cazarlas al acecho, como cazan los gatos a los gorriones. Las rocas afiladas desgarraron sus pantalones hasta que sus rodillas fueron dejando un rastro de sangre, pero aquel dolor se perdía en el dolor mayor que le causaba el hambre. Avanzó serpenteando sobre el musgo mojado; sus ropas se empañaron y se enfrió su cuerpo, pero tan grande era su ansia de comer que ni cayó en la cuenta. Y mientras tanto las perdices blancas seguían elevándose en el aire ante él, hasta que su «ker-ker-ker» le sonó a burla, y las maldijo y les gritó en voz alta imitando su graznido.

En una ocasión casi se arrastró sobre una perdiz que debía de estar dormida. No la vio hasta que ésta levantó el vuelo de su escondrijo rocoso y le pegó en la cara con las alas. Tan asombrado como la propia perdiz, cerró el puño y en su mano quedaron tres plumas de la cola del ave. Siguió su vuelo con la mirada, odiándola como si le hubiera hecho algo terrible. Luego retrocedió y se cargó el fardo a la espalda.

Conforme el día avanzaba se adentró en valles y hondonadas donde la caza era más abundante. No muy lejos de él pasó una manada de unos veinte caribúes tentadoramente a tiro. Sintió un deseo ciego de correr tras ellos con la certeza de que podía abatirlos. Un zorro negro se aproximó a él llevando en la boca una perdiz blanca. El hombre gritó. Fue un grito temible aquél, pero el zorro huyó de su lado asustado sin soltar su presa.

A última hora de la tarde siguió un arroyo lechoso de limo que corría entre juncales. Cogiendo los juncos con fuerza por la base logró arrancar algo semejante a un cebollino no más grande que la cabeza de un clavo de los que se utilizan para sujetar las piezas de los tejados. Era tierno, y sus dientes se hundieron en él con un crujido que prometía un sabor delicioso. Pero las fibras eran duras. Estaba compuesto, como las bayas, de filamentos saturados de agua, y no proporcionaba ningún alimento. Arrojó al suelo el fardo y se lanzó a cuatro patas sobre los juncos, mordiendo y rumiando como una vaca.

Estaba muy cansado y a veces deseaba descansar, echarse al suelo y dormir, pero seguía adelante acuciado más por el hambre que por el deseo de llegar a «la tierra de los palitos». Inspeccionó los charcos en busca de ranas y

excavó la tierra con las uñas para encontrar gusanos, aunque sabía que en aquellas latitudes no había ni ranas ni gusanos.

Buscó vanamente en todas las charcas hasta que, cuando ya le envolvía el largo crepúsculo, descubrió en una de ellas un diminuto pez solitario. Hundió el brazo en el agua hasta el hombro, pero el pez le esquivó. Lo buscó con ambas manos y revolvió el barro lechoso depositado en el fondo. En su avidez cayó al agua, empapándose hasta la cintura. Ahora la charca estaba demasiado turbia para permitir ver el pez y se vio obligado a esperar a que el barro volviera a sedimentarse.

Continuó la búsqueda hasta que el agua se enturbió de nuevo. Pero ya no podía esperar más. Desató del fardo el cubo de estaño y comenzó a achicar el agua, salvajemente al principio, salpicándose la ropa y arrojando el agua a tan poca distancia que volvía a verterse en la charca; más cautelosamente después, pugnando por dominarse, aunque el corazón le saltaba en el pecho y las manos le temblaban. Al cabo de media hora la charca estaba casi seca. No quedaría más de una taza de agua. Pero el pez había desaparecido. Entre las piedras halló una pequeña grieta por la que éste había escapado a una charca contigua y más grande, una charca que no podría vaciar ni en un día y una noche. Si hubiera sabido de la existencia de esa grieta, la habría tapado con una piedra y el pez habría sido suyo.

Mientras esto pensaba se incorporó para derrumbarse después sobre la tierra húmeda. Allí lloró, silenciosamente primero, para su capote, y luego en alta voz, para la desolación despiadada que se extendía en torno a él, y

durante largo tiempo le sacudieron sollozos profundos y sin lágrimas.

Hizo después una hoguera, se calentó y, tras beber un poco de agua hirviendo, acampó sobre un saliente rocoso del mismo modo que lo había hecho la noche anterior. Lo último que hizo fue comprobar si los fósforos estaban secos y dar cuerda al reloj. Las mantas estaban húmedas y viscosas. El tobillo le latía de dolor. Pero él sólo sentía el hambre, y en su sueño inquieto soñó con festines y banquetes y con manjares presentados y servidos de todas las formas imaginables.

Despertó helado y enfermo. No había sol. El gris del cielo y de la tierra era ahora más intenso, más profundo. Soplaban un viento frío y los primeros copos de nieve blanqueaban las crestas de las colinas. El aire se fue haciendo más espeso y blanquecino mientras él encendía una hoguera en que puso a hervir más agua. Era una nieve blanda, mitad lluvia, y los copos eran grandes y acuosos. Al principio se derretían tan pronto como entraban en contacto con la tierra, pero pronto comenzaron a caer en mayor cantidad y cubrieron el suelo, apagaron la hoguera y mojaron su provisión de musgo seco.

Aquello le indicó que era hora de echarse el fardo a la espalda y seguir su vacilante camino no sabía hacia dónde. Ya no le preocupaban ni «la tierra de los palitos», ni Bill, ni las provisiones ocultas bajo la canoa volcada junto al río Dease. Se hallaba dominado por el verbo «comer». Estaba loco de hambre. No le importaba qué dirección seguir con tal de que su camino atravesara la zona más profunda del valle. Caminó sobre la nieve blanda, buscando a tientas las bayas acuosas de pantano

y arrancando al tacto los juncos por la raíz. Pero éstos carecían de sabor y no le calmaban el apetito. Encontró una hierba de sabor amargo y devoró toda la que pudo encontrar, que no fue mucha, porque crecía a ras de tierra y por ello se ocultaba fácilmente bajo la nieve que alcanzaba ya varios centímetros de espesor.

Aquella noche no hubo ni hoguera ni agua caliente, y durmió entre las mantas el sueño roto de los hambrientos. La nieve se convirtió en una lluvia fría. Se despertó muchas veces y la sintió caer sobre su rostro vuelto hacia el cielo. Y llegó el nuevo día, un día gris y sin sol. Había dejado de llover y la punzada del hambre había desaparecido. Su sensibilidad en ese aspecto había llegado al límite. Sentía, eso sí, un dolor pesado y sordo en el estómago, pero no le molestaba demasiado. Volvía a imperar la razón y una vez más su principal interés consistía en hallar «la tierra de los palitos» y el escondrijo junto al río Dease. Convirtió en tiras lo que le quedaba de una manta y se envolvió con ellas los pies ensangrentados. Se vendó también el tobillo y se preparó para un largo día de camino. Cuando llegó la hora de liar el fardo se detuvo largo rato frente a la bolsa de piel de gacela, pero al fin cargó de nuevo con ella.

La nieve se había derretido bajo la lluvia, y sólo las crestas de las colinas mostraban su blancura. Salió el sol y pudo localizar los puntos cardinales, aunque ahora sabía que se había perdido. Quizá en los días anteriores, en los que había vagado sin una dirección determinada, se había desviado demasiado hacia la izquierda. Decidió dirigirse hacia la derecha con el fin de compensar esa posible desviación de su rumbo.

Aunque las punzadas del hambre no eran ahora tan agudas, se dio cuenta de que estaba muy débil. Tenía que pararse con frecuencia para recobrar las fuerzas, paradas que aprovechaba para recoger bayas y raíces de juncos. Sentía la lengua seca e hinchada y como cubierta de un vello muy fino, y le sabía amarga en la boca. El corazón le atormentaba. En cuanto caminaba unos minutos comenzaba a batir sin compasión, tam, tam, tam, para brincar después en dolorosa confusión de latidos que le asfixiaban y le producían debilidad y mareos.

A mediodía encontró dos peces diminutos en una charca. Era imposible achicar toda el agua, pero al menos ahora se hallaba más tranquilo y pudo atraparlos con ayuda de su cubo de estaño. No eran mayores que su dedo meñique, pero lo cierto era que no sentía demasiada hambre. El dolor que sentía en el estómago se hacía cada vez más sordo y más tenue. Era como si se hubiera adormecido. Comió el pescado crudo masticando con cautela, concienzudamente, porque el comer se había convertido ahora para él en un acto de puro raciocinio. Aunque no tenía hambre sabía que tenía que comer para seguir viviendo.

Por la tarde pescó otros tres pececillos más; comió dos y reservó el tercero para el desayuno. El sol había secado algunos jirones de musgo y pudo entrar en calor bebiendo agua caliente. Aquel día no había recorrido más de quince kilómetros; el siguiente, caminando sólo cuando el corazón se lo permitía, no pudo avanzar más de ocho. Pero el estómago no le causaba ya ninguna molestia. Se había dormido. El hombre había llegado a una región desconocida donde los caribúes eran cada vez más abun-

dantes y también los lobos. Sus aullidos flotaban a través de la desolación, y en una ocasión vio a tres de ellos huir a su paso.

Otra noche. A la mañana siguiente, obedeciendo a la razón, desató los cordones de cuero que cerraban la bolsa de piel de gacela. De sus fauces abiertas brotó un chorro amarillo de polvo y pepitas de oro. Dividió el oro en dos montones, ocultó uno de ellos envuelto en un trozo de manta bajo una roca y devolvió el otro a la bolsa. Utilizó también unas cuantas tiras de la manta que le quedaba para envolverse con ellas los pies. El rifle lo conservó porque quedaban cartuchos ocultos junto al Dease.

Fue aquél un día de niebla, y un día en que el hambre volvió a despertar en su interior. Se sentía muy débil y a veces le atacaba un vértigo que le cegaba. Ahora tropezaba y caía cada vez con mayor frecuencia y en una ocasión cayó de bruces sobre un nido de perdices blancas. Había en él cuatro crías nacidas el día anterior, partículas de vida palpitante, no mayores que un bocado; las devoró ansiosamente, metiéndoselas vivas en la boca y triturándolas con las muelas como si de cáscaras de huevo se tratase. La perdiz madre le atacó graznando furiosamente. Trató de abatirla utilizando el rifle a modo de palo, pero ella escapó a su alcance. Comenzó entonces a arrojarle piedras y una de ellas, por mera casualidad, le rompió un ala. La perdiz huyó entonces arrastrando el ala rota y perseguida por él.

Las crías no habían conseguido más que abrirle el apetito. Corrió saltando a la pata coja o apoyándose en el tobillo lesionado, arrojando piedras, insultando violentamente al ave unas veces y callando otras, levantándose

sombría y pacientemente cuando caía y frotándose los ojos con las manos cuando el vértigo amenazaba con dominarle. La persecución le condujo a lo más profundo del valle donde, sobre el musgo húmedo, descubrió huellas de pisadas. No eran suyas, eso era evidente. Debían de ser de Bill, pero no pudo detenerse a averiguarlo, porque la perdiz seguía adelante. Primero la cazaría y luego regresaría a investigar.

Logró agotar a la perdiz madre, pero al hacerlo se agotó él también. La perdiz yacía ahora en el suelo de costado. Y él yacía en idéntica posición a cinco metros de distancia, incapaz de arrastrarse hasta ella. Cuando logró reponerse, la perdiz se había repuesto también, y así, cuando se lanzó sobre ella, el ave pudo escapar a su mano hambrienta. La caza se reanudó. Al fin llegó la noche y la perdiz huyó. El hombre se tambaleó de debilidad y cayó al suelo de bruces, con su fardo a la espalda, hiriéndose en la mejilla. Permaneció durante largo tiempo inmóvil en el suelo. Luego se dio la vuelta, se echó sobre un costado, dio cuerda a su reloj y permaneció allí tumbado hasta la mañana siguiente.

Otro día de niebla. La mitad de la última manta la había empleado ya en hacer vendas para los pies. No encontró las huellas de Bill. No importaba. El hambre le impulsaba a seguir adelante sin dejarle opción, sólo que... sólo que se preguntaba si Bill también se habría perdido. Hacia el mediodía el peso del fardo que llevaba a la espalda se hizo demasiado opresivo. Volvió a dividir el oro, pero esta vez dejó la mitad en el suelo. Por la tarde se deshizo del resto. Ya sólo le quedaba media manta, el cubo de estaño y el rifle.

Una alucinación comenzó a torturarlo. Tenía la seguridad de que le quedaba un cartucho. Estaba en el cargador del rifle, y se le había pasado por alto. Sabía que el cargador estaba vacío, pero la alucinación persistía. Luchó contra ella durante horas; al fin decidió examinar el cargador. Lo abrió de golpe y vio que estaba vacío. Su desencanto fue tan grande como si de verdad hubiera esperado hallar dentro el cartucho.

Siguió andando trabajosamente y a la media hora la alucinación le atacó de nuevo. Otra vez luchó contra ella y de nuevo ésta persistió hasta que volvió a examinar el rifle para convencerse. A ratos su mente desvariaba, pero él continuaba avanzando penosamente como un simple autómatas, mientras que extrañas ideas y fantasías roían su cerebro como gusanos. Pero estos desvaríos solían ser de poca duración, porque las punzadas del hambre le atraían de nuevo a la realidad. En una ocasión, lo que le sacó de golpe de sus fantasías fue un espectáculo que casi le hizo desvanecerse. Las piernas le flaquearon, tropezó y tuvo que tambalearse como un borracho para no caer. Frente a él tenía a un caballo. ¡Un caballo! No podía dar crédito a sus ojos. Había en ellos una espesa neblina entretejida con puntos brillantes de luz. Se los frotó salvajemente para aclararse la visión y entonces pudo ver que se trataba no de un caballo, sino de un oso que le estudiaba con curiosidad belicosa.

El hombre casi se había echado el rifle al hombro cuando recordó que el cargador estaba vacío. Lo bajó y desenfundó el cuchillo que llevaba colgado a la cintura en una funda adornada con cuentas. Ante él tenía carne y vida. Rozó el filo del cuchillo con la yema del pulgar.